



LAS GRANDEZAS HUMANAS.

Niños, época es la actual de grandes conmociones sociales y acontecimientos que cambian por completo la faz de los pueblos y la suerte de las naciones.

Vosotros no teneis edad todavía para discurrir sobre el origen, proporciones y resultados de estos pavorosos inesperados acontecimientos; mas adelante leereis las historias antiguas y modernas, y os explicareis todos estos sucesos, que hoy preocupan tanto á vuestros queridos padres. ¡Ojalá que entonces, cuando seais hombres, reine la paz en el mundo, y estén unidos todos los mortales, bajo el amparo de Dios, por el amor al prójimo, base de la humana felicidad y ley divina con que el Todopoderoso nos quiso mostrar su interés, su solicitud por nosotros, hijos ingratos suyos.

Pero en medio de estos acontecimientos que preocupan á todas las naciones, y á algunas las conmueven profundamente, aun podeis hoy hallar una provechosa enseñanza, un ejemplo que nunca debeis olvidar, y que desde ahora mismo debe señalaros la marcha que

habeis de seguir en la vida para ser buenos y ser felices.

Ahora oís decir á vuestros padres que ha caido el poderoso imperio francés.

Una grandeza humana, hijos míos, que se derrumba en un momento; los que ayer eran ensalzados, temidos, adulados, engañados con lisonjas, hoy se ven despreciados, humillados, acaso calumniados, porque contra el caido se emplean siempre todas las armas menos nobles.

Familias que gozaban de todas las comodidades, que vivian en el lujo y los placeres, que creian asegurada para siempre su suerte, caen tambien envueltas en la ruina, y las comodidades se les han convertido en peligros, y el lujo en estrechez y los placeres en lágrimas.

Y esta transición del bienestar á la penuria, de la alegría al dolor, es tanto mas dolorosa, cuanto menos esperada, cuanto menos prevista.

¡Este es el error, hijos míos! este es el grave error de los favorecidos en el mundo con lo que se llama grandezas humanas.

No paran mientes en que esas grandezas son fugaces y perecederas, y el orgullo y la soberbia ciegan su entendimiento.

Niños, si sois hijos de padres ricos, favorecidos por la suerte, guardaos bien de engreiros, guardaos bien de suponeros superiores á los pobres chicos que desde los balcones de vuestros palacios veis correr por la calle, descalzos, casi desnudos, miserables. ¿Quién sabe si esa misma podrá ser vuestra suerte algun dia? Y sería para vosotros mucho mas triste que hoy es para ellos, porque ellos no echan de menos lo que no han tenido nunca, y vosotros, enorgullecidos con vuestro nacimiento y vuestras riquezas, seríais doblemente desgraciados al veros pobres, humildes, abandonados.

Y si sois hijos de padres pobres, no envidieis por Dios al niño que veis con traje magnífico, paseando en soberbio carruaje, seguido de lacayos con ostentosa librea, no os quejeis de vuestra suerte, comparándola con la suya, y pensad que acaso ese niño será, andando el tiempo, digno de compasion, y no de envidia, y á vosotros os habrá favorecido la suerte al mismo tiempo

que á él le habrá vuelto la espalda.

Dios es el árbitro de los destinos del mundo; El eleva al humilde y abate al poderoso, y si alguna vez el que no merece el bien lo obtiene, ó parece que lo obtiene, es porque acaso Dios quiere castigarle despues mas severamente arrebatándosele, para hacerle comprender cuán vano era su orgullo, cuán inútil su soberbia.

Un medio hay, niños míos, de afrontar todos los vaivenes de la fortuna, de sufrir con entereza todas las eventualidades de la vida; este medio es ser bueno, ser humilde, ser amante del prójimo y cumplir la ley de Dios.

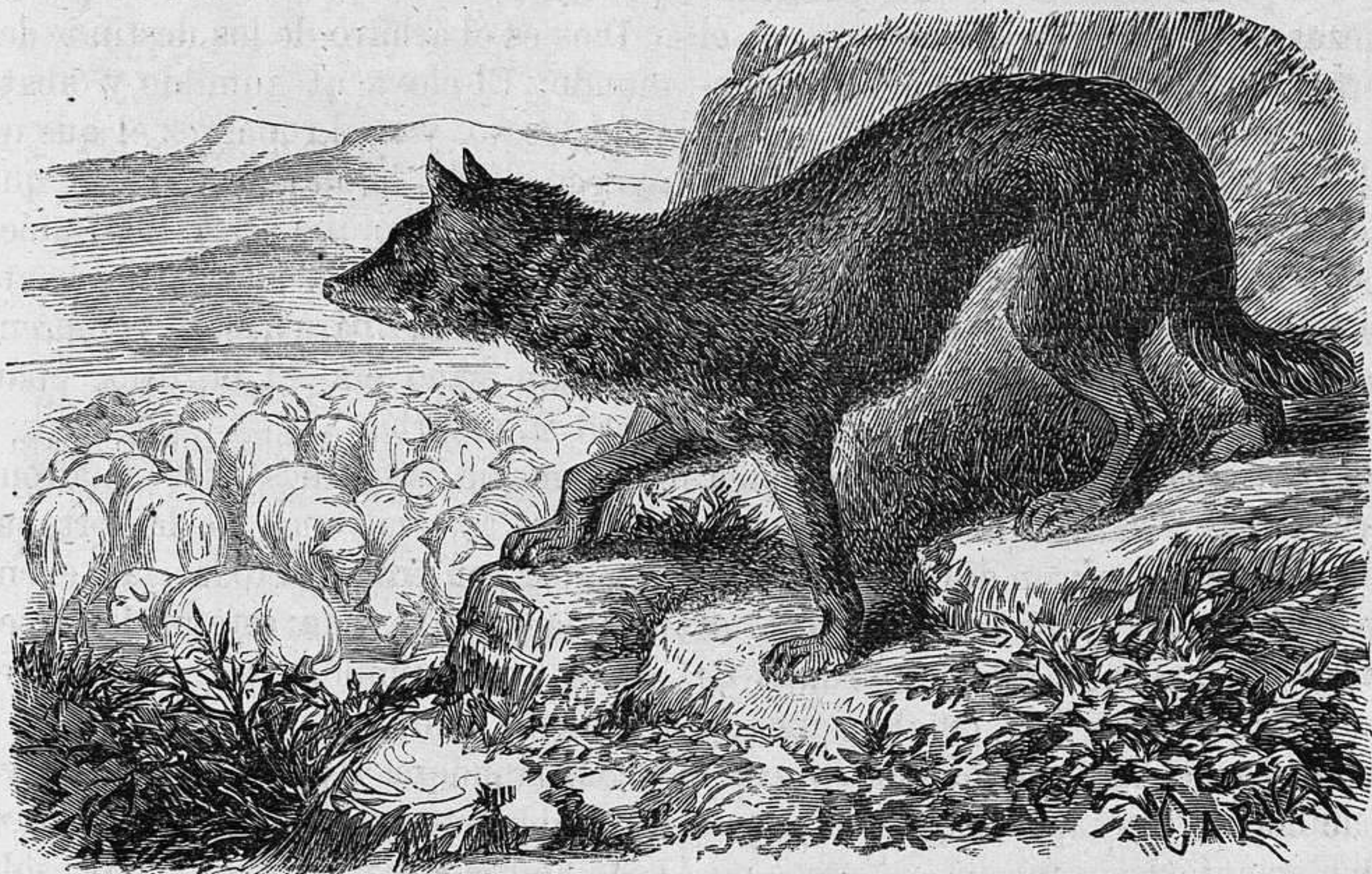
Las grandezas del mundo son polvo miserable; merecidas ó inmerecidas son poco duraderas; pero hay una sola grandeza que, en la fortuna, en la miseria, en la cumbre del poder ó en el abismo de la desgracia, hace feliz al hombre y le dá valor para todo; la virtud.

La virtud dá á la conciencia paz, y la paz de la conciencia es la felicidad mas sólida á que puede y debe aspirar el hombre en su tránsito por este valle de lágrimas.

C. FRONTAURA.



HISTORIA NATURAL.



EL LOBO.

Este animal tiene el pelo de un color leonado, parduzco, con una lista negra en las extremidades anteriores cuando llega á la edad adulta: su cola es recta, las orejas igualmente rectas, los ojos oblicuos y el iris de un leonado amarillo. Tiene la talla de los perros mas grandes y el aspecto de un mastin; pero lejos de ser como ellos un animal eminentemente sociable, vive casi siempre solitario en los grandes bosques y no se reúne en cuadrilla con sus semejantes sino cuando el hambre le obliga á ello. Es por naturaleza perezoso, pero la necesidad le hace sagaz y atrevido; aquejado del hambre arrostra los peligros, acomete á los animales que están bajo la custodia del hombre, principalmente á los que puede llevarse con facilidad, como corderos, perrillos y cabritos, y cuando le sale bien esta ratería repite los asaltos hasta que

es escarmentado por los hombres y los perros, en cuyo caso se esconde de dia en los bosques, de donde sale por la noche á hacer sus correrías y aprovecharse de los descuidos robando los animales abandonados. En fin, cuando la necesidad es extremada, se expone á todo: acomete á las mujeres y muchachos, y aun á veces se arroja á los hombres.

Este animal tiene una forma semejante á la del perro; pero es tan diferente su índole, que no solo son incompatibles, sino antipáticos por naturaleza y enemigos por instinto; así que nunca se encuentran sin combatir y pelear hasta matarse. El perro joven huye de él porque conoce su inferioridad; pero un mastin que conoce sus fuerzas, se eriza, se irrita, le acomete con valor, procura luego ahuyentarlo, y hace todos sus esfuerzos para librar-

se de una presencia que le es odiosa. Si el lobo es mas fuerte despedaza y devora su presa; el perro, por el contrario, mas generoso, se contenta con la victoria.

El lobo tiene mucha fuerza, así es que lleva en la boca un carnero sin dejarle tocar en tierra, y corre al mismo tiempo con mas velocidad que los pastores, de suerte que solo los perros le pueden alcanzar y hacerle soltar la presa. Es mas duro, menos sensible y mas robusto que el perro: camina, corre, anda errante dias y noches enteras sin fatigarse, y quizá es entre todos los animales el mas dificil de cansar en la carrera. El lobo aunque feroz es cobarde, y así cuando cae en un cepo ó lazo, queda tan aturdido, y por tanto tiempo, que se le puede matar sin que se defienda, ó cogerle vivo sin que se resista.

Abundan tanto en algunos terrenos, que se hace preciso poner en alarma

toda una comarca para acabar con ellos. Para cazar al lobo se necesita tener buenos perros á quienes se excita y anima cuando encuentran el rastro. Cuando se ha levantado el lobo, se previenen los perros que le han de dar caza, dividiéndolos en dos, ó en tres secciones, de las cuales se emplea una en levantarlo y se colocan las otras delante para estar de parada. Los primeros se sueltan desde luego para que le sigan acompañados de un hombre á caballo; los segundos á setecientos ú ochocientos pasos mas adelante, cuando el lobo vá á pasar, y despues los terceros, cuando los demás perros empiezan á alcanzarle y fatigarle. Toda la montería junta le rinde bien pronto, y entonces el montero le acaba con la bayoneta. En las tierras llanas se hacen las batidas á fuerza de hombres y de mastines, se arman celadas, se disponen cebos, se abren hoyos y se esparcen bolas de carne envenenadas.

PENSAMIENTOS MORALES.

Desde la infancia debemos empezar á inclinarnos al bien.

Come, bebe y habla con medida, y evita toda clase de excesos conservando en todo la moderacion.

Procura ser siempre el fiel intérprete de la verdad en todo cuanto digas, y no manches nunca tus lábios con palabras de mentira.

Si tu cuerpo padece, llama al médico; si tu alma está triste, llama al amigo: la voz de la amistad es el remedio mas seguro contra la afliccion.

La esperanza en Dios es el supremo bien que resta á los desgraciados.

No hay arma tan poderosa como la virtud.

Si quieres que te hagan justicia, sé justo.

El hombre debiera obrar siempre como si tuviera testigos de vista, y pensar como si se pudiera leer su pensamiento.

Una cosa inútil siempre es cara, por poco que cueste.

El peor de los consejeros es el miedo; no oigais nunca sus consejos.

De la mas humilde choza puede salir un héroe; y del cuerpo mas deforme el alma mas bella.



EL PRIMER PASO.

Vedle; el niño está aprendiendo á andar; su madre es quien le enseña, su madre que le ha dado el sér y tiene en él fija toda su esperanza, y en él cifrado todo el cariño de su alma. El niño, como andar es cosa tan nueva para él, vacila, tropieza, y caería si no estuviese allí su madre, atenta á sus movimientos, para cojerle si vacila, para evitarle una caída que podría serle fatal, para darle confianza y estimularle á que vaya ejercitando sus fuerzas.

Y al mismo tiempo que le enseña á andar, piensa la buena madre:

—¡Dios mio! así como ahora yo le protejo y le vigilo, y le evito el mal, haz que cuando llegue á ser hombre, sea la virtud la que guie sus pasos por el mundo!

Ella es, en efecto, la única que puede llevar al hombre, sin vacilar, sin tropezar, sin caer, á través de todos los peligros que ofrece el mundo. Sin su ayuda, la caída es inevitable.

EL PALACIO DE LA VANIDAD

POR

MADAME GIRARDIN.

(CONTINUACION.)

—Vamos á ver si nos enseñan ustedes las maravillas de este palacio, dijo el anciano: este jóven viajero desea habitarlo; pero antes, naturalmente, quiere conocerlo. Con que guien Vds.

El viajero quedó admirado de la franqueza con que trataba el mendigo á aquellos criados tan soberbios y de la docilidad con que estos obedecian; ignoraba el jóven que la vanidad de un filósofo pobre es una de las mayores vanidades del mundo.

Presentóse una señora muy gorda, una gran señora, al parecer, que era una señora muy grande, la cual ocupaba en la casa el importante cargo de ama de llaves, y venia seguida de dos pajecillos enanos que le llevaban la cola.

Llegó con tal apresuramiento que no podian seguirla los dos pajecillos y le tiraban de la cola fuertemente, y ella tirando hácia adelante y ellos hácia atrás, ellos y ella dieron con sus respectivas humanidades en tierra, costando gran trabajo á los demás criados levantar á la obesa ama de llaves, cuya

venida á aquel lugar tenia únicamente por objeto entregárselas al criado que habia de guiar á los dos huéspedes.

—Me parece, dijo el mendigo, que un vestido de cola no es el mas á propósito para andar haciendo las faenas de la casa; pero, en fin, por algo es este el palacio de la Vanidad.

Uno de los lacayos, que tantos bordados tenia que propiamente parecia un capitán general con uniforme de gran gala, guió á los huéspedes por las vastas habitaciones del palacio.

Y llegaron al comedor.

—Si quieren comer vueseñorías... les dijo.

—No hay inconveniente, dijo el mendigo; esto de comer es lo único que no es vanidad en el mundo.

Y se pusieron á comer los viajeros; pero apenas hubieron probado algunos manjares, los encontraron tan *amostazados*, tan desfigurados, tan llenos de sales, azúcares, trufas, etc., etc., que maldito si se podia conocer qué carne ó qué pescado eran los que comian, ó si era fruta ó legumbre.

—¿Qué es esto? preguntó el viejo: ¿es conejo por casualidad?

—No señor, es salmon.

—Ni el demonio lo hubiera conocido.

—¿Y este es puré de lentejas?

—No señor, es sopa de cuernos de caracoles con salsa de yerba-luisa.

En fin, aquella comida era una confusión de cosas y una amalgama de viandas y verduras tan rara, que no se podía comer. Solamente la Vanidad podía hallar buenos aquellos platos mal sanos y mal condimentados.

—Pues señor, dijo el viejo, mejor hubiera querido una tortilla de patatas que todas estas porquerías; y se levantó, tirando sin querer un plato. El criado se bajó á cogerlo, y al bajar arrimó las plumas de la gorra á la luz de un candelabro, y empezaron á arder.

—Hombre, añadió el viejo, me parece que para servir á la mesa, ponerse ese gorro con esas plumas tan bonitas, será muy elegante, pero también muy ridículo. Mas hablando de otra cosa, la reina de este palacio, la princesa Vanidad, ¿no está visible?

—Está ausente, dijo el lacayo: se halla ahora en casa de sus adoradores mas decididos, allá en Francia. Allí ha reinado hasta ahora, siendo adorada por el ejército unas veces, por la nobleza otras, otras por la clase media, y siempre por la clase de dinero. La vanidad ha sido allí una cosa imprescindible.

—Sí, ya lo sé, dijo el viejo, y cualquier día llegará en aquel país la época de la vanidad de la miseria. Los vanos y los soberbios suelen tener ese fin, el de pobres y presumidos.

En esto vieron sobre una columna dorada una hermosa paloma que decía:

—¡Idos! ¡Idos pronto! ¡Idos de aquí! El jóven se acercó á ella.

—¿Por qué quieres que nos vayamos? le preguntó. ¿No eres dichosa aquí?

—¡Ay de mí! exclamó la paloma: he querido ser muy bella; he deseado tener las patitas de oro, las alas de rubíes, el pico de diamante, y ahora estoy condenada á estar aquí toda mi vida, inmóvil como veis, porque es imposible volar con alas de rubíes y andar con patitas de oro.

Cerca de la ventana vieron un gato muy hermoso, que tampoco se movía de aquel sitio.

—¿Y V. está contento, señor Micifuf? le preguntó el jóven.

—Perdone V., caballero, contestó el gato; pero ¿á quién tengo el honor de hablar? ¿Es V. por acaso un borrico, un mulo, una serpiente, un hombre, ó un mono?... Soy ciego...

—¡Ah! ¿Es V. ciego? dijo el viajero con lástima.

—Sí señor, y por mi culpa, que es mayor desgracia. Siempre había oído ponderar los ojos de esmeralda, y los quise tener, y los tengo en efecto; pero me ha costado perder la vista; y ni aun puedo saber si es tan bonito como se dice tener los ojos de esmeralda. Hágame V. el favor de decirme si en efecto son tan bonitos, y si me sientan bien.

El jóven, para dar gusto al pobre gato, quería decirle que en efecto eran aquellos unos ojos encantadores, y consolarle así de la desgracia de haber perdido la vista; pero el mendigo fué implacable:

—Señor gato, tiene V. unos ojos feísimos, le dijo con dureza.

—¡Imposible! dijo el gato: deben ser muy brillantes.

—No señor, dijo el viejo; nada brilla sino estando en su lugar. Créame V., son muy feos, y debe V. ponerse anteojos verdes para que no se le vean: con las esmeraldas se pueden hacer sortijas y otras fruslerías; pero ojos no.

Y el joven viajero no pudo menos de reconocer que el viejo hablaba con acierto.

Salieron del comedor, entraron en un patio magnífico, con el pavimento de mosaico, y rodeado de elegantísimas columnas.

Allí vieron un pajarraco, que por su plumaje parecía un buitre; pero cuyos tímidos movimientos le quitaban toda apariencia de ave de rapiña.

—Pues señor, dijo el mendigo, este buitre no me parece á mí que es muy temible... ¿Quién eres tú, infeliz? le preguntó.

—Soy un buitre, un ave de rapiña,

dijo: antes era un palomo; pero hé querido ser algo mas que eso, porque en el palomar estaba muy desprestigiado y se reian de mí todas las palomas; para hacerlas ver que debian tenerme respeto y para castigarlas quise convertirme en buitre; pero ya estoy arrepentido. ¿Creerán Vds. que todavía no me he atrevido á devorar ninguna?

—¿Devorar á quién? preguntó asombrado el joven viajero.

—Ya ve V., al fin y al cabo han sido mis compañeras, mis amigas.

—Pero ¿quién tiene la culpa de que hayas sido tan animal? y perdona lo fuerte de la expresion: mas vale ser un palomo dulce, suave y amable, que un buitre ridículo y petate como tú.

Y el joven extranjero se rió de muy buena gana al oír la justa observacion del viejo.

(Se concluirá.)

SANTO DIOS.

(PARÁFRASIS.)

Los que sentís el pecho palpitando
Con desconsuelo y pena y agonía;
Los que aspirais en calma el soplo blando
Que derraman el triunfo y la alegría;
Los que hollais las alfombras del magnate,
Los que os herís en ásperos abrojos;
Los que luchais en bárbaro combate,
Los que, pidiendo paz, orais de hinojos;
Alzad todos, alzad el pensamiento,
Y así cantad con fervoroso acento:

«Santo Dios, Santo fuerte,
Santo inmortal, que reinas en la altura,
Libranos tú, Señor, en vida y muerte
De todo mal, de toda desventura.

»¡Oh, Santo, Santo, Santo,
Señor en cuyo nombre el bien se encierra
Y Dios de los ejércitos temido!
Los cielos y la tierra
Que de tí vida y sér han recibido,
Cual himnos de victoria

Llenos están de tu inefable gloria.

»Gloria al Padre que Todopoderoso
Creó los orbes de la oscura nada;
Gloria al Hijo amoroso,
Que de Adán redimió la culpa odiada;
Gloria también y bendición cumplida
Al Espíritu Santo, luz y vida;
Y exclame el alma fiel que humilde crea:
¡La excelsa Trinidad bendita sea!

»Santo Dios, Santo fuerte,
Santo inmortal, en quien el mundo adora,
Libranos tú, Señor, en vida y muerte
De todo mal con diestra salvadora.»

Así decid, porque la gloria humana
Que celebra el mortal con torpe lábio;
Esa gloria que juzgan soberana
El vate, el prócer, el guerrero, el sábio,...
En presencia de Dios, del mundo dueño,
Es humo, sombra, sueño.

ANTONIO ARNAO.



EL NIÑO GRACIOSO SIN GRACIA.

Perico es un niño muy gracioso, ¡vaya! muy gracioso; lo malo es que sus gracias son de aquellas que no tienen gracia maldita. Consisten, por lo regular, en asustar á su mamá dando gritos como si se hubiera caído ó le hubiese picado una avispa, y cuando la mamá llegatoda sobresaltada, echarse á reír como un tonto; en poner una cuerda en un pasillo oscuro para que se caiga la criada, que es una pobre vieja; en atar al rabo del gato un palo para que el animalito dé vueltas y se lastime él mismo con el palo; en tirar desde el balcon garbanzos sobre los sombreros de los transeuntes, ó escupirlos, que todavía es peor; en arrancar las láminas de las obras ilustradas que tiene su padre en el armario; en adelantar ó en parar el reló; y en fin, en demostrar á cada momento su falta de ingenio, de prudencia y cordura, y su sobra de mala intencion.

Ahí le teneis, que sorprendiendo en el jardin á su hermanita, haciendo un ramo para la abuelita, se esconde detrás de un árbol, y lanza con todas sus fuerzas contra la niña una pelota. La pobre niña recibe un golpe en la sien y un susto mas grande que el golpe;

la gracia del niño nubla la alegría de toda la familia en aquel día que debía ser feliz, porque es el del santo de la abuelita; la niña, que es muy delicada, se ha puesto mala, y el gracioso niño

pasa la tarde encerrado, en castigo de su imprevisión, mientras sus padres lamentan que el chico sea un gracioso tan sin gracia.

VIAJE AL PAÍS DE LA GRAMÁTICA

POR

JUAN MACÉ.

(CONTINUACION.)

El Nombre, que parecía haberse sosegado ya, volvió con sus servidores al lado de nuestros viajeros, y llamó á sus Artículos, sin cuya compañía al parecer no podía pasar.

—Antes de que todos ellos se retiren, dijo el niño á su maestro, quisiera que me dijera V. si es tan grande el servicio que los artículos prestan al Nombre, pues veo que en su ausencia parece tan inquieto como el ciego que ha perdido el perro que le sirve de guía.

—Si he de decir la verdad, no le sirven de nada ni añaden cosa ninguna á la significación que él tiene. Es mas, hay idiomas en los cuales no existe el artículo, como el latín por ejemplo, que pronto principiarás á estudiar. Pero nosotros hemos adquirido el hábito de acompañarle siempre con sus servidores, al menos para darnos cuenta de su estado civil.

—No entiendo bien lo que significa ese estado civil.

—Yo te lo diré en pocas palabras. El estado civil lo acreditan aquellos documentos que sirven para dar á conocer si una persona es hombre ó mujer, soltero ó casado, con otras circuns-

tancias. Pues bien, el artículo nos indica si el nombre que le sigue es masculino ó femenino, singular ó plural, determinado ó indeterminado, como dicen los gramáticos, conocido ó desconocido, si quieres entenderlo mejor. El nombre precedido de su artículo, viene á ser un caballero que lleva en la mano su cédula de vecindad.

—Perfectamente; ahora yo quisiera saber qué quiere decir la palabra *artículo*.

—En verdad que no lo sé. Todos los nombres de nuestra gramática vienen del latín, pero como los latinos no tenían artículos, carecían en su consecuencia de una palabra para designarlos. Esta es una lástima, porque ellos con su buen sentido habitual habrían encontrado de seguro una palabra que explicara perfectamente las funciones de esa parte de la oración. Los griegos son los que inventaron el artículo, y aquellas gentes tenían un talento tan sutil, que nosotros, bárbaros del Occidente, no acertamos á darnos la explicación de sus palabras cuando lo deseamos. Los griegos tenían, en efecto palabras equivalentes á las nuestras *el*,

la, lo, y Aristóteles, el gramático mas antiguo que conocemos, nos explica cómo se llamaban estas palabras. *Arthron*, significa en griego miembro, coyuntura. Nuestros viejos gramáticos, grandes admiradores de Aristóteles, adoptaron la palabra latina *Articulus*, que tiene el mismo significado que el *arthron* de Aristóteles, y no se inquietaron demasiado en darse cuenta del verdadero significado de esa palabra. Sin embargo, yo te diré que *articulus*, diminutivo de *artus*, quiere decir miembrecillo ó pequeño miembro. Un artículo, hablando con propiedad, es una de las partes de un miembro *articulado*. Así, cada una de las falanges de nuestros dedos es un artículo, y se ha extendido el significado de esta palabra á las partes distintas que componen juntas un todo. Un artículo de fé es una de las cosas que es preciso creer; una luz se compone de tantos artículos cuantas son sus disposiciones particulares: los artículos de un periódico son aquellos fragmentos distintos de que se compone; en una tienda se llaman artículos las diferentes mercancías que en ella se venden. Mira tú á ver si puedes encontrar la relacion ó semejanza que todo esto pueda tener con las palabras *el, la, lo, un y una*. Yo por mi parte nunca la he encontrado.

—En ese caso, ¿cómo debemos llamar á esas palabras?

—¿Cómo las hemos de llamar? Artículos; así lo establece la costumbre, que hace ley. Ya sabes que las palabras *el, la, lo*, se llaman artículos, del mismo modo que esos que llevas en los piés se llaman *zapatos*. Resulta, pues, que el artículo es el maestro de ceremonias que acompaña al nombre. Hace

el mismo papel que el *ugier*, ese personaje de grande importancia encargado de decir á la córte:—«¡Señores, *el* Rey! ¡señores, *la* Reina!» Si en todo esto no aparece la articulacion, nosotros no podemos remediarlo; no olvides que esta es una palabra convencional como otras muchas.

—Confiese V., dijo la mamá, que acaba de emplear un cúmulo de palabras para decir que no puede explicar una cosa.

—Consiste en que en mi concepto no hay cosa mas humillante que una explicacion imposible de dar para un hombre que se propone enseñar á los niños. Verdaderamente, á mí me mortifica ese artículo al cual no le encuentro maldita la gracia, y si me dejara llevar de mi inspiracion, comenzaria contra él una cruzada sangrienta.

—¡Cómo! ¿y eso dice V. de una palabra que nos viene de Aristóteles?

—¿Y qué importa? Aun cuando viniese del mismo Sesostris, ¿sería esa una razon para respetarla? La antigüedad no le quitará lo que tiene de absurda; las verdades de los hombres son muy falibles; la verdad eterna es Dios.

La mamá no pudo por menos de manifestar su complacencia, oyendo aquellas palabras.

—Venga V. en nuestro auxilio, señor Adjetivo, exclamó; veamos alguna cosa mas linda y agradable que distraiga á este pobre niño.

El Adjetivo tomó entonces la palabra, y dijo mostrando una agradable sonrisa:

—Yo soy el ayuda de cámara del Nombre, y héme aquí dispuesto á vestirme delante de V. si esto puede servir

de distraccion á ese hermoso niño. Pero antes de todo, ¿quieren Vds. visitar mi guarda-ropa?

—Es inútil, replicó con viveza el mágico; tu vestuario ó guarda-ropa no es mas que una galeria que se corresponde perfectamente con la sala de los nombres abstractos que ya hemos visitado y que contiene todas las cualidades con que revistes á tu amo. Enséñanos mas bien ese par de anteojos de treinta y seis cristales que es necesario colocarse sobre la nariz para darse cuenta exacta de tus trabajos. ¿Qué nombre quieres tú que le hagamos vestir, mi jóven amigo?

—¡Oh!... un hermoso nombre: *Rey*.

De repente el Nombre apareció sentado sobre un trono, teniendo una corona en la cabeza.

El niño tomó entonces los anteojos que le ofreció el Adjetivo y los colocó sobre su nariz, á la que venian desmesuradamente grandes. Los cristales estaban sostenidos por cercos movibles, de manera que podian cambiarse á capricho del observador. Apenas el niño dirigió su cristal hácia el Rey, el Adjetivo puso mano á su obra: en un abrir y cerrar de ojos estuvo terminada.

—¡Oh! exclamó el niño; ¡qué gran rey! ¡qué aire tan majestuoso! ¡qué mirada tan imponente! ¡qué apostura tan soberbia! ¡qué...

—¡Basta! ¡basta! dijo riendo el mágico: segun veo, lo miras con los cristales de aumento. Son los que generalmente se emplean para mirar á los reyes; déjame que te ponga otros.

Entonces cambió los cristales, y apenas el niño hubo mirado al través de ellos, soltó una alegre carcajada.

—¡Oh! ¡qué rey tan pequeño! ¡qué aire tan bondadoso! ¡qué mirada tan

idiota! ¡qué talla tan raquítica! ¡qué...

—No continúes, desdichado; vas á incurrir en el delito de lesa majestad. Deja esos cristales, son los que usan los descontentos para mirar al monarca. Son el reverso de los que tenias antes. Ahora mírale sin anteojos.

—¡Diantre! cualquiera diria que es un hombre como los demás, ni mas grande ni mas chico.

—De esa manera le ven por lo general los que no le miran mas que con sus propios ojos. ¿Quieres ahora mirar otro nombre?

—Sí, sí, esto es muy divertido. Quiero ver á un *prisionero*.

El trono y la corona desaparecieron, y el Nombre apareció vestido de áspero sayal, con cadenas en los piés, cadenas en las manos, cadenas en el cuello y en la cintura. El niño tomó los anteojos, y apenas hubo mirado, sus facciones cambiaron repentinamente de espresion, como si estuvieran bajo el imperio de una noble indignacion.

—¡Infame! exclamó. ¡Miserable!... ¡Perverso!... ¡Impío!...

—No prosigas, todo lo ves de un color negro. Sin duda te he puesto los anteojos que usan los señores fiscales.

—¿Quiénes son esos señores?

—Ya se lo preguntarás á tu papá; son los encargados de formular las acusaciones contra los presos. Ahora, vuelve á mirar á tu prisionero.

El mágico habia puesto en los anteojos unos cristales de color de leche. Una espresion de piedad profunda se pintó entonces en el rostro del niño.

—¡Infortunado! dijo: ¡desgraciada víctima, pobre inocente!

—¡Ah, señor abogado!... Hé aquí á vuestro cliente blanco como la nieve. Aparta ahora los anteojos y mírale por

la última vez. ¿Qué piensas de ese hombre?

El niño fijó atentamente sus miradas sobre el prisionero, cuyo rostro nada indicaba.

—No sé qué decir de él, murmuró.

—Eso es lo mas seguro la mayor parte de las veces, hijo mio. Nosotros tenemos el derecho de castigar las acciones culpables en la persona del que las ha cometido. Mas por lo que hace á juzgarlas por nosotros mismos, es un cuidado que no debemos tomarnos, y dejárselo á Dios. Es el único que no puede engañarse. ¿Quieres ahora continuar?

El niño parecia triste y pensativo.

—No, respondió. Las cosas que V. me hace ver tienen poco de agradables.

—Tú mismo lo has deseado. Toma para resarcirte; mira ahora este otro nombre: *Señorita*.

Dos cristales de color de rosa habian sustituido en los anteojos á los cristales blancos. El niño miró entonces, y vió que una linda señorita risueña y agraciada ocupaba el lugar del sombrío prisionero.

—¡Oh, qué linda señorita!... ¡qué talle tan elegante! ¡qué sonrisa tan graciosa! ¡qué traje tan encantador! ¡qué hermosos cabellos rubios!

—Hé ahí lo que ellas mismas dicen cuando se miran al espejo. Veremos qué te parece ahora.

Los cristales de color de rosa fueron reemplazados con otros amarillos.

—¡Jesús! ¡qué horror! dijo el niño: ¡qué fea y qué desgarbada! ¡qué talle tan basto! ¡qué risa tan tonta! ¡qué traje tan horrible!

—Eso mismo es lo que ellas dicen cuando miran á otra compañera.

—Nosotros los jóvenes no decimos nada de eso.

—¡Ah! No te alabes tan pronto. Vosotros teneis tambien vuestros adjetivos que no os remuerden la conciencia. Y si quieres hacer la prueba...

—Me parece que ya me ha hecho V. trabajar bastante, interrumpió el Adjetivo, y me encuentro fatigado.

—Reposa, pues, amigo mio; ya sabemos lo necesario por lo que á tí se refiere. Ya has visto, querido niño, lo que es un ayuda de cámara. Los que le mantienen están á merced suya, pues hace de sus amos lo que quiere. El Nombre es ciertamente muy rico; pero el Adjetivo es mas poderoso que él. En su almacén tiene todos los juicios de los hombres y las cosas son para nosotros tales como las juzgamos. Una choza *encantadora y graciosa* vale á nuestros ojos mas que un palacio *triste y lóbrego*. Por lo demás, bien sabes tú que los criados tienen fama de embusteros. No te fies de este tunante mas que á medias cuando venga á contactarte algun chisme: ya has podido convencerte de que es algo sospechoso. Y para tu gobierno, es necesario que no olvides lo que has visto, y en lugar de mirar las cosas con aturdimiento y ligereza, como lo hacen todos los de tu edad, procura tú antes examinar el color de los cristales, al través de los cuales miras las cosas. Esa es una costumbre que debes tomar desde luego, y que te librárá en adelante de incurrir en juicios temerarios é injustos.

El Adjetivo habia tomado cierto gesto avinagrado desde que habia oido hablar de su persona de una manera tan descortés.

(Se continuará)

AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

Las tres recetas

1.^a Para tener salud. — Har ejercicio proporcio-
nado a tus fuerzas, pero diario, y al aire libre;
— nunca comas hasta la saciedad, ni bebas
hasta la embriaguez; — se limpio hasta la
pulcritud, pero no uses cosméticos, ni otras
supercherias de tocador; — no contraigas, en fin,
hábitos viciosos, porque el hábito es un tirano.

2.^a Para ser rico. — Trabaja siempre, mientras
puedas, y en lo que entienda; — gasta siempre un
poco menos de lo que ganes; — paga siempre
al contado; — nunca prestes cantidad mayor de
la que, en tu caso, puedas buenamente condonar
o dar; — nunca respondas de la solvencia de otro,
sin tener disponible la cantidad por la cual
salgas fiador; — ni comprometas en especulaciones
lo que necesites para vivir.

3.^a Para ser feliz. — Cumple con todos sus
las obligaciones de tu estado; — sé compasivo
y benéfico; — cultiva las bellas-lettas, y las
bellas artes; — ama a Dios sobre todas las cosas;
y ama al prójimo como a ti mismo.

P. J. Monlau

Las tres preciosas recetas que pu-
blicamos hoy, han sido escritas por el
sábido doctor D. Pedro Felipe Monlau,
uno de los hombres de ciencia mas dis-

tinguidos de España, y cuyo talento es
reconocido y encomiado por los mas
ilustres escritores extranjeros.

El nombre de Monlau no debe ser

EL NIÑO GUERRERO.



Guillermo se llama este niño, y para *honrar* el nombre que lleva, quiere ser émulo del Rey del Prusia, su tocayo. No piensa mas que en batallas; forma sobre la mesa á los soldados, derribalos luego de un sablazo, y los vuelve á formar y á derribar; y así lleva ya destrozados no pocos cuerpos de ejército.

Y entre tanto no abre los libros siquiera.

Pues entienda Guillermo que más gloria que el Rey Guillermo y todos los grandes capitanes se puede alcanzar estudiando los libros buenos, gloria que no empañan nunca las manchas de sangre que oscurecen la gloria de la guerra.

desconocido para los lectores de este periódico, pues algunas de sus obras han merecido ser declaradas de texto para las escuelas.

En higiene son tan vastos y profundos sus conocimientos, que ha publicado cuanto puede desearse acerca de ese asunto de importancia vital para las naciones y para los individuos. Su

Higiene privada y su *Higiene pública* son libros de grandísimo mérito, que por sí solos bastarían para hacer la reputacion de su autor. A esos dos preciosos libros hay que añadir los titulados *Higiene del matrimonio*, *Higiene industrial*, *Higiene del alma*, (traduccion del aleman,) *Higiene doméstica*, *Higiene de los baños de mar*, *Arte de*

LOS NIÑOS PRESUMIDOS.



Si estos dos hermanitos llegan á tener mucho dinero, en verdad os digo que han de estar de enhorabuena los sastres y las modistas.

Él con el frac de papá y ella con la mantilla de mamá, se pasan las horas muertas delante del espejo haciendo saludos, tomando las actitudes mas elegantes, y gozando con la idea de ser grandes y salir hechos unos figurines.

Mal hacen en ser presumidos; porque ¿quién sabe si la fortuna les colocará luego en una posicion menos que modesta?...

hablar y escribir con propiedad y elegancia, sus Discursos académicos, y otras obras todas de probada utilidad. Tambien ha de ser Monlau cierto D. Hilario Pipiritaña, que firma algunos libritos muy populares, en los que ha acreditado su erudicion y sus felicísimas cualidades de compilador discreto.

Monlau no es solo un hombre de

gran ciencia, sino un escritor correctísimo y elegante, cuyo estilo encanta al lector. Sus libros se pueden tomar como acabados modelos de lenguaje.

Es individuo de número de la Academia española, de la de Medicina y de la de Ciencias morales y políticas. Hombres como D. Pedro Felipe Monlau honran á su patria.